

Estética de la transición. A propósito de la exposición Simbiosis de Elisa Terroba

Por Nerea Ubieto

Los cambios nunca suceden de la noche a la mañana, se van fraguando poco a poco, incluso si la transformación es repentina, como la ruptura de un cristal. Quizá la pregunta que deberíamos hacernos es si la mudanza radical realmente existe, es decir, si los objetos dejan de ser algo para convertirse en otra cosa o, en realidad, nunca abandonan del todo su identidad anterior. En *La Isla y El cometa* –instalaciones en las que dos libros de ficción parecen haberse estrellado contra un vidrio–, Elisa Terroba plantea la situación de un tránsito permanente para hablar del paso del libro físico al digital. La superficie divide el espacio en dos partes, pero los tomos no se sitúan por completo en ninguna: habitan un cruce infinito. La idea de que existan en un solo lado es tan ilusoria como el trampantojo de la propia pieza. ¿Acaso abandonamos alguna vez la infancia para convertirnos «solo» en personas adultas? En absoluto. La frontera es porosa y transparente, por eso nunca se pierde de vista el camino del que partimos.

Los libros constituyen elementos clave en la articulación del pensamiento y la personalidad. Somos lo que leemos y cómo lo procesamos. Ciertas obras tienen un gran impacto en épocas tempranas de nuestra vida y se convierten en la base de muchas de las configuraciones mentales a las que recurriremos con posterioridad. La obra *Pilar* –formada por decenas de enciclopedias y diccionarios guillotizados para medir 25x25 cm (dimensión mínima de un pilar de hormigón estándar)– alude metafóricamente a estos cimientos y nos remite a tótems prehistóricos de adoración vertical como los menhires. Es compacta y de apariencia inquebrantable, sin embargo, su solidez es susceptible de ser alterada. No olvidemos que la materia prima son miles de finas hojas sedimentadas una encima de la otra: sin una cubierta que las selle, la acción del viento puede hacer que se despeguen y echen a volar. Los conceptos y discursos que un día fueron fundamentales se van desgastando, moldeando, sustituyendo por otros más complejos o actualizados. No es que desaparezcan, pero pasan a ocupar otro lugar –transitan, migran– y se fusionan con nuevos conocimientos.

La materialidad de los libros y la forma en la que nos relacionamos con ellos también determina los modos de percibir y comprender el mundo, así como la forma de mostrarse en él. El tamaño de las librerías, su color, densidad y cantidad de polvo sobre sus lomos es un retrato fidedigno de los intereses y creencias de las personas, hayan recorrido sus páginas o no. Son los árboles en el paisaje del hogar. El auge del libro digital ha desplazado en buena medida al objeto; sin embargo, leer en papel sigue siendo una práctica indispensable y genuina. Implica buscar un lugar y luz adecuados. Sentir su peso, oler sus páginas, escuchar el sonido al pasarlas. Volver atrás, releer, subrayar, anotar. Nos gusta mover el marcador, revisar los capítulos, manosear las tapas y calcular el trayecto que nos queda: porque es un viaje. Al acabarlo, permanece todavía semanas en la mesilla de noche, como compañero merecedor de una despedida. Nuestros favoritos nunca se van, los retomamos de tanto en cuanto y van cogiendo volumen, solera, un olor propio y dignificante. La experiencia completa es un

placer. Los pequeños insectos protagonistas de la obra *Bestioles* lo saben, por eso se han adelantado a devorar un festín de hojas escritas ante la posibilidad de que lleguen a extinguirse. En el acto de ingerir han creado galerías que forman palabras referentes al mundo digital, poco distinguibles para el espectador.

Pantalla, e-book, hipertexto, electrónico, datos, internet... son algunos de los términos que agujerean y generan pérdidas en la fisicidad del libro. Y es que son muchos los menoscabos en la lectura a través de dispositivos. Para empezar, la luz sale de la pantalla y cansa la visión, promoviendo acelerar el ritmo. Hay una tendencia a leer de manera diagonal, fragmentaria e interrumpida. Es lógico, al estar – en muchas ocasiones– conectados a la red desviamos la atención y saltamos de información a información sin acabar el texto que empezamos. «El entrelazamiento se convierte frecuentemente en inabarcabilidad. Los diseñadores de software hablan de *overlinking*, exceso de remisiones entre los elementos del saber». De alguna manera, nuestras derivas digitales son como las galerías que han trazado los peces de plata en *Bestioles*, abriendo caminos conectados, pero estrechos y superficiales, sin concluir verdaderos espacios de saber. Dicha carencia es menos común en el soporte físico, donde parece establecerse un correlato entre el proceso material de llegar hasta el final del libro y la integración del conocimiento en el intelecto. Precisamente, la pieza *Impresiones* recopila decenas de últimas páginas indicadoras del lugar, año y nombre del impresor –los llamados colofones– desplegadas en una pared a modo de archivo de epitafios que anuncian la futura inoperancia de estos datos «útiles».

El avance inexorable de lo tecnológico frente a lo corporal se plasma en la obra *Piedras*, una montaña de cantos rodados hechos a partir de la colección literaria completa –100 ejemplares– de Biblioteca Básica Salvat RTV. Como si una marea digital les hubiese pasado por encima, los libros se han erosionado y adquirido una nueva forma. La consecuencia es una identidad en tránsito: sus partículas han cambiado de estado, volviéndose etéreas o acuosas, alimentando concepciones inéditas a partir del cambio de materialidad. En el libro *Estética de la desaparición*, Paul Virilio expresa su noción de la evanescencia del mundo material bajo la hegemonía de un mundo virtual. Para el teórico, las expresiones artísticas y formatos tradicionales están bajo la amenaza de una catástrofe que acabará con ellos; para Terroba, los libros no corren tal peligro porque se hallan en un proceso de metamorfosis, mantienen ciertos rasgos, mientras incorporan y se desprenden de otros. Incluso en el vídeo que lleva por título *La desaparición* –una estantería disolviéndose a golpe de *glitch*– la idea no es el perecimiento, sino la migración a otro plano, a una suerte de *Matrix* global donde los libros pueden experimentar formas alternativas de comunicación. En este sentido, la meta-lectura añade otra capa a la obra: la novela *La disparition* de George Perec, escrita como un lipograma en el que se omite la vocal «e», refuerza la noción de flexibilidad identitaria a partir de la ausencia de una letra clave en el texto. A través de una acertada selección de piezas de pericia artesanal, Elisa Terroba reflexiona sobre el advenimiento de una etapa en la que los libros mutan, se reinventan, transitan.

¹ INNERARITY, Daniel. *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*. Ed. Paidós. Barcelona, 2011. p 19